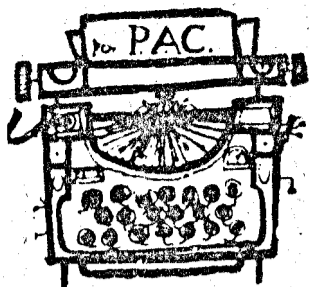


El Peligro de la Imitación



En las culturas primitivas el hombre creía que cada ser o cada cosa tenía un alma —un centro vital y mágico de la personalidad— que podía conocerse, dominarse e incluso arrebatarse por medio de la imitación. En la filosofía primitiva imitar es identificarse, en el mayor grado posible, con el objeto imitado y conocer así sus leyes íntimas. Ahora bien, quien conoce el interior del otro ser, lo domina. El cazador primitivo, por ejemplo, imita al animal: se apodera de su bramido, de su ritmo, de su sicología y como esas son sus defensas, fácilmente lo vence y mata. En ese tipo de mimetismo activo, sin embargo, el hombre se “hace” el animal sin perder su condición de hombre, antes usándola toda para captar y apoderarse inteligentemente de las fuerzas y secretos del animal que quiere vencer.

Pero hay otro tipo de imitación en la naturaleza y en el hombre que no es osado y creador, sino solamente defensivo y medroso: es el mimetismo de ciertos animales que, para salir con vida se disfrazan o cambian incluso de personalidad en un camuflaje servil en el cual no pierden el cuerpo pero sí el alma. Cangrejos que se descangrejan y se hacen anémonas de mar, o insectos que se disfrazan de espinas en la corteza de un árbol o lagartijas que cambian color según la hierba que pisan: elementos que con esto sobreviven cediendo parte o toda su personalidad; es decir, imitadores miedosos que se ponen la máscara para no ser reconocidos, pero en los cuales el miedo es tan grande y total, que la máscara se les queda pegada y ya no pueden ser otra cosa que imitadores para siempre.

Existen, pues, dos imitaciones. La del ser inteligente que por medio del mimetismo arrebatada para sí la vitalidad del contrario. Y la del ser medroso que entrega su propia personalidad con tal de subsistir. Pero, el ser que reniega o que se desprende de su ser ¿subsiste?

Si damos a analizar la situación nicaragüense a cualquier mentalidad imparcial de Occidente se quedaría extrañada del esfuerzo que el régimen actual está haciendo por parecerse a un régimen Comunista. (Control económico estatal cada vez mayor. Estado de Sitio de hecho. Tribunales militares que sustraen al ciudadano de su justicia legal. Investigación de conciencias. Preeminencia de la Policía de Seguridad. Reos políticos. Doble gamiento total del propio partido. Uso de la intranquilidad como sistema de gobernar...). ¿Para qué más? El punto de interés, más que documentar esa evidente imitación es preguntarse: ¿hemos llegado a ella con el ánimo osado del cazador, que quiere dominar y vencer a la fiera — o por puro miedo? En otras palabras: ¿estamos arrebatando al enemigo sus defensas o estamos entregando las propias?

Los dos verbos que distinguen a la China de Mao —que es actualmente el ejemplo más beligerante de Comunismo— son: PRODUCIR e INVESTIGAR. Creo que en Nicaragua el régimen actual ha dado también toda su preferencia a estos dos verbos: Producción económica. Investigación política. Desgraciadamente en China existe el Dragón que se come su propia cola. La investigación policíaca es un sistema de terror que baja la producción porque la producción es una operación que exige un sistema de tranquilidad. En Nicaragua, las ventas de Navidad ya comienzan a contarnos el cuento del Dragón Chino. Es más antiguo que Mao y más antiguo que Confucio el saber que el factor psicológico influye en la vida económica y que la intranquilidad es más nociva que un mal invierno. Pero Mao no cede con sus Guardias Rojos, ni nosotros con nuestros tribunales de guardias. Nuestro miedo al Comunismo nos hace cometer —por mimetismo medroso— las estupideces del Comu-

nismo, pero no imitar, o por lo menos estudiar sus virtudes para adelantarnos a ellas y vencer al Comunismo en su terreno.

El miedo es mal consejero. Creyendo combatir al Comunismo le estamos haciendo propaganda al Comunismo. Porque estamos propagando sus formas más repugnantes —sus métodos inhumanos y sus sistemas contra la libertad— y entonces lo único que nos queda por experimentar es lo que el Comunismo puede tener de halagador. ¿Qué puede asustar a un nicaragüense si se le dice ¡uy! el comunismo no respeta la conciencia!, ¡uy! el comunismo forma tribunales de milicianos!, ¡uy! el comunismo es un régimen policíaco...! ¿No se va volviendo el ¡uy! la interjección de los cuentos de la abuelita?

En cambio, si en vez del miedo nos aconsejara la inteligencia: enseñáramos al nicaragüense a cultivar y apreciar su libertad, su derecho, su dignidad; a obtener justicia reclamándola; a participar en su gobierno; a percibir los beneficios de la riqueza y de la cultura... y los nicaragüenses serían un solo hombre en rechazar lo que viene a quitarles algo que poseen y a destruirles algo que les beneficia.

PABLO ANTONIO CUADRA